

## "El Barberillo de Lavapiés" en Viena

Viena, muy adueñada musicalmente por el cultivo de su enorme acervo musical (y el de los países vecinos) siempre tendió a desconocer un tanto lo que ocurre más allá de sus fronteras extendidas. No obstante, de tanto en tanto surgen intentos de explorar ámbitos musicales menos conocidos, tales como la zarzuela. Son muy escasas las ocasiones en que en Viena se haya montado, en los últimos decenios, un espectáculo perteneciente al género. Más allá de la presencia dominante de la opereta vienesa, que ocupa casi todo el espacio dedicado al teatro musical ligero, uno de los factores que obstaculizaba la realización de espectáculos de zarzuela era seguramente el empleo del idioma español. Pero hoy días, gracias al desarrollo de la técnica de proyección de "sobretítulos" en el idioma vernáculo, resulta tanto más fácil para el público asistir a una zarzuela dado que al poder leer los diálogos se entiende mejor la acción. Esta nueva situación seguramente incentiva tanto al público como a los productores que dependen de su presencia. Seguramente es éste uno de los factores que llevó a que la dirección de la Ópera de Cámara de Viena decidiera montar *El Barberillo de Lavapiés*, empresa que tuvo gran resonancia de público y prensa.

La Sala de la Ópera de Cámara es, tal como lo indica el nombre de la institución, de dimensiones más bien pequeñas. No obstante presenta un ámbito sumamente ideal para un proyecto de este tipo ya que facilita la comunicación entre el escenario y la sala.

Curiosamente, para la parte escénica de la producción se contrató un equipo alemán integrado por los alemanes Lutz E. Seelig (dirección), Hans Winkler (decorados) y Ralf Christmann (vestuario). Seelig logró bastante bien transmitir y presentar los enredos de la obra. Más modesto fue el resultado obtenido por Winkler, seguramente limitado por aspectos presupuestarios y de espacio.

En lo que atañe a la dirección musical y solistas seleccionados, estos fueron, con mucho tino, casi todos españoles.

Al frente de la orquesta, solista y coro, se desempeñó con solvencia, musicalidad y seriedad el director valenciano José Fabrá. La presencia española en el escenario correspondió



Buena acogida vienesa a esta producción española.

a una decisión atinada por varias razones. En primer lugar porque en general el nivel vocal fue muy excelente, hecho que indica que la selección de solistas se realizó con seriedad y rigor. En segundo lugar, porque de esta manera se respetó al máximo la idiosincrasia musical e idiomática de la obra.

El elenco, encabezado por Alfredo García, un pujante Lamparilla, un joven barítono dotado de excelente condiciones vocales y artísticas, Silvia Vázquez, una valenciana que ofreció la parte de Paloma con todo el encanto histriónico y vocal que merece la parte, y María Amparo Navarro, igualmente sugestiva y encantadora en la parte de la Marquesita, presentó, como dijéramos, un nivel loable. Aquí debe mencionarse igualmente al barítono Jerónimo Marín, quien con segura emisión, excelente línea vocal y sólida musicalidad, brindó un Don Juan severo y algo maquiavélico, así como las actuaciones del tenor Javier Aguiló (Don Luis) y el bajo Salvador Fernández (Don Pedro).

Esperemos que esta producción despierte la curiosidad y el apetito musical del público vienés (que concurrió muy numeroso a todas las funciones) que pronto podrá presenciar un nuevo montaje de una zarzuela en la Volksoper.

G.L.  
Ópera de Cámara de Viena  
Austria

## La misteriosa ópera de Debussy

No es el *Pelleas* obra de multitudes. Requiere un esfuerzo y un aprendizaje no sólo ni principalmente musical, que no es fácil hacer. Requiere paciencia y atenta escucha. Si uno ha tenido la suerte de que lo ayuden, en diferentes momentos, una Victoria de los Ángeles o un Claudio Abbado, lo tiene más fácil. Pero la ópera no deja de ser por eso difícil, también de realizar. Tan inasible como la verdad que todo el tiempo se busca y nunca se encuentra (y si se encontrara no satisfaría), la Ópera de

Flandes ha sabido, en Amberes y Gante, apostar por una conjunción armoniosa de fuerzas y con esas cartas ha triunfado. Alexia Coussin es una gran promesa pero desea exhibir sus posibilidades y Melisande es rol de medias tintas de gran interioridad. Nicolas Rivenq es un barítono, y como se sabe la ambigua parte suele ser afrontada también por tenores, con lo cual el artista pone algo en los agudos y a fuerza de querer aligerar el timbre, éste pierde color. Hannah Schaeer es una buena Genoveva y el Azkei

de Christian Trèguier sólo suficiente, como el resto. Muy buena la puesta de Richard Jones, moderna y funcional pero no arbitraria y con una gran carga dramática a partir del acto tercero. Massimo Zenetti, el director de la casa, puede estar orgulloso de haber conseguido a su edad penetrar tan bien en el secreto de la partitura y sabido transmitirlo a su orquesta. Bravo.

J.B.  
Ópera de Flandes  
Amberes